

EL SÉPTIMO CÍRCULO

CIELO TRÁGICO

JOHN D. MACDONALD



Travis McGee, moderno caballero andante, no es capaz de abandonar a un viejo amigo en desgracia... especialmente si ese viejo amigo es una muchacha joven, bonita y con aspecto de no haber dormido desde hace tres días.

Su nombre es Carrie Milligan, y aparece una madrugada en el barco que sirve de vivienda a McGee, con una caja de apariencia común en la que guarda la extraordinaria suma de 104.200 dólares. Carrie desea que McGee ponga ese dinero a buen recaudo; a cambio del favor, le ofrece diez mil dólares. Si ella no regresa en un mes, el dinero debe pasar a su hermana. Dos semanas después, Carrie aparece atropellada por un camión, en una ruta desierta.

¿Fue accidental su muerte? ¿De dónde provenía el dinero? En su característico estilo MacDonald lleva al lector, a través de un argumento impecable, hacia un impecable final.

*Para cada uno de los verdaderos amigos de
Travis McGee*

*La vida no es ni un espectáculo ni una fiesta: es
un aprieto*

SANTAYANA

Travis McGee 16

NOTICIA

John D. MacDonald nació en Pennsylvania. Finalizados sus estudios secundarios, cursó estudios universitarios en su ciudad natal, en Syracuse y en Harvard.

Tras breve carrera en el comercio, ingresó en el ejército, donde prestó servicios durante seis años, al cabo de los cuales pidió la baja, cuando había llegado al grado de teniente coronel.

Inmediatamente comenzó a escribir cuentos cortos y novelas, de las que en total se han impreso más de 50 millones de ejemplares.

John MacDonald ha escrito más de 500 cuentos cortos y alrededor de 50 novelas. Entre las más notables podemos citar The End of the Night (El fin de la noche) y The Only Girl in the Game (La única mujer en el juego).

Travis McGee 16

UNO

Estaba profundamente dormido, solo a bordo de mi casa flotante, solo en la inmensa cama, solo en un sudoroso sueño de persecución, miedo y monstruos voraces. Un disparo resonó contra las rejas de acero. Otro. Me desperté sobresaltado y oí el discreto tintineo de la campanilla que suena en mi cabecera cuando alguien sube a bordo del «Busted Flush». Eran casi las cuatro de la mañana.

Podía ser un chiquillo que rondara la cubierta en busca de una máquina de fotos olvidada, de una radio portátil o una botella de *whisky*. O podía ser un borracho amistoso. O un amigo borracho. O un problema. No sabía cuánto tiempo había dormido después del primer tintineo de la campanilla. Me puse un par de *shorts*, a tirones, y me moví en la oscuridad sin hacer ruido; atravesé la proa y la cocina, crucé el salón de fumar y me dirigí hacia la puerta que da al puente cubierto de popa, que estaba cerrada con llave. Antes de estar totalmente despierto había sacado el revólver de su escondrijo cercano y sentí el frío del metal en la mano.

Oí un leve golpe, secreto y vacilante.

—¿Trav? —voz de muchacha, ronca, susurrante—. ¿Trav McGee? ¿Trav, querido?

Me deslicé hasta un sitio desde donde, a través del cristal y en línea oblicua, apenas podía ver lo suficiente como para vislumbrar la forma femenina que estaba acurrucada

junto a la puerta para evitar el resplandor de las luces del muelle. Parecía estar totalmente sola.

Pregunté a través de la puerta cerrada:

—¿Quién es?

—¿Trav? No enciendas la luz, ¿eh? ¡Por favor!

—¿Quién es?

—¡Soy yo! Carrie. Carrie Milligan.

Vacilé, luego enfundé el revólver en la cintura de los *shorts*; frío contra la piel del vientre. Abrí, la dejé pasar y eché la llave otra vez.

Me rodeó con un brazo, apretó su cuerpecito muy fuerte contra mí y suspiró profundamente.

Hola —dijo—. Sin luces. ¿De acuerdo? No quiero comprometerte.

—¿Las luces me comprometerán?

—Sabes lo que quiero decir. Si hubiera alguien cerca, si supieran que vine hacia aquí y vigilaran, y vieran que se encienden las luces, entonces querrían averiguar.

—Si es por eso puedo correr las cortinas de la cabina principal.

—Es cierto. Así va a ser más fácil hablar.

La cogí de la mano y la conduje a proa en la oscuridad. Apenas entraba luz suficiente como para poder ver a derecha e izquierda los bultos de los muebles del salón. Cuando llegamos a mi camarote la solté y corrí las dos gruesas cortinas de los ojos de buey. Entonces encendí una luz, la lámpara para leer que está sobre la cama y que da un brillante círculo luminoso sobre el libro pero deja el resto del cuarto en la oscuridad. Brilló sobre las arrugadas sábanas de mis recientes sueños y rebotó, iluminándola con su luz suave.

Me había rodeado con un brazo porque tenía un paquete y el bolso en el otro. El paquete tenía la forma de una caja de zapatos, estaba envuelto en papel marrón y atado con una cuerda.

—Ya sé, va sé —dijo, evitando la luz—. No me conservo bien. Estoy envejeciendo rápidamente. ¿Cuánto hace? Seis años. Entonces tenía veinticuatro, ¿no? Y ahora parezco de cuarenta.

—¿Cómo está Ben?

—No tengo la más mínima idea.

—¡Oh!

—Sí, es así. No vivo con él desde... más de tres años. Le puse de patitas en la calle.

—¡Oh!

—Déjale de decir *Oh*. Sabes, sentí un poco de pena cuando vi ese fantástico barco viejo. Es verdad. No sabía que podía sentir de este modo respecto a Ben. Pensé que se había terminado todo. Pero fuimos felices a bordo de este cacharro. Realmente fue nuestra única época feliz, me parece. Casamiento flamante, ni un centavo en el bolsillo, pero con un fantástico barco para pasar nuestra luna de miel a bordo.

Se sentó en una silla lejos de la luz, en el rincón donde está el armario. Con tono diferente agregó:

—Debía de haberte elegido a ti.

—Calculaste que no me casaría nunca —dije. Me senté en la cama, frente a ella.

—Lo sé, lo sé. Lo que no sé es por qué tenía tanta prisa por casarme. Entonces me casé con Ben Milligan. ¡Cristo! ¿Sabes qué era Ben en realidad? Un esposo niño. Su madre pasó veinticinco años malcriándole, sirviéndole, diciéndole que era maravilloso, y luego me lo pasó a mí. Gimoteos, gimoteos y más gimoteos. No duraba en ningún trabajo. Nadie le entendía. Quejas, quejas y más quejas. Tuvo alrededor de catorce empleos en dos años y, en los últimos meses de esos dos años, ni se molestaba en buscar. Se quedaba en casa y veía los telefilms. Mientras tanto continuaba con toda esa gimnasia corporal. Músculos sobre músculos. Se suponía que cuando yo volvía a casa después de trabajar, además debía cocinar, o al menos ir algún lado y com-

prar *pizza* o hamburguesas. ¿Trav? ¿No pudiste decirme cómo era Ben?

—Seguro que sí.

—¿No pudiste haber dicho algo?

—¿Y perder un ojo?

—De acuerdo. Entonces estaba enamorada. Gracias a Dios que no hubo niños. Creo que era culpa de él, no mía. Pero no quería ir a ver un médico por este asunto. Se ponía de muy mal humor con solo pensar que yo pudiera decir que algo le pasaba a ese cuerpo perfecto. Mira, McGee, esto pasó hace mucho tiempo. Está olvidado. No vine aquí para hablarte de mi maravillosa vida de casada. Cuando venía hacia aquí pensaba en realidad, no conozco a Travis McGee. Pero hace mucho tiempo hiciste que me sintiera muy cerca de ti. Tenía que encontrar alguien en quien pudiese confiar. Consideré una gran cantidad de hombres. Resultaste elegido. Después me puse a pensar, quizá tenga a alguien a bordo con él, o alguien viva en el barco, o se haya ido, o casado. Dios mío, son seis años. ¿Sabes? Subí a bordo y los seis años desaparecieron. Estás muy bien. ¿Lo sabes?

—Absolutamente fantástico. No has cambiado nada. No es justo. ¡Mírame a mí!

Esto le pasa a mucha gente. Llegan al momento de explicar lo que quieren y no pueden hacerlo; entonces recurren a una charla deshilvanada. Carrie necesitaba ayuda. Había una ligera nota de ansiedad en su tono, y las palabras le salían a borbotones.

Entonces le eché una mano.

—¿Qué llevas en la caja? —pregunté.

Resolló ásperamente. Casi un grito sofocado.

—Vas directo al grano, ¿no? ¿Qué llevo en la caja? ¿En esta caja quieres decir? Una vez dijiste que tenías un sitio seguro donde guardar cosas. ¿Lo tienes todavía?

—Sí.

Se acercó y puso el paquete sobre la cama, al lado de donde yo estaba sentado. Cogió la cuerda y la desató con un movimiento rápido y seguro. Quitó el papel marrón. Meyer dice que se pueden escribir tratados enteros sobre cómo se revela el carácter al abrir un paquete.

—Lo que llevo en la caja —dijo— es dinero.

Levantó la tapa. Era dinero. Estaba empaquetado apretadamente. Billetes usados, algunos sueltos, la mayoría atados con un hilo en grandes fajos, con una tira de papel de máquina de calcular debajo del hilo.

—Aquí tengo noventa y cuatro mil doscientos dólares. Más diez mil para ti, por guardarlos hasta que los quiera.

—Eso no hace falta.

—Es lo que para mí vale tu ayuda. Y me sentiría mejor.

—¿Puedo hacer preguntas?

—Casi ninguna. Es parte de tus obligaciones.

—¿Robado?

—¿De un Banco o de un pago de sueldos o algo así?

No.

—¿Y si no vuelves?

—Volveré a buscarlo antes del... ¿Qué día es hoy?

—Jueves dieciséis de mayo, mañana, muy temprano.

—De acuerdo, si no vengo a buscarlo antes del 15 de junio, o no te hago llegar alguna noticia mía antes de esa fecha, no vendré a buscarlo nunca más. Si es así, debe de serle entregado a mi hermana, Susie. ¿Recuerdas mi nombre de soltera?

—Dee. Carrie Dee.

—Era una forma abreviada de Dobrovsky. Ella usa el apellido entero. Susie... Susan Dobrovsky. Se lo entregas a ella. Es parte de tus obligaciones. Y no decirle absolutamente a nadie que he estado aquí. Es todo lo que tienes que hacer para ganar diez.

—¿Dónde está tu hermana?

—¡Oh! Perdón. Está en Nutley, New Jersey. Es menor que yo. Enseña en un jardín de infancia. Ahora tiene más o

menos la edad que tenía yo cuando te conocí. ¿Veintitrés? Sí. Hace dos meses. Es agradable, pero... tonta en muchos aspectos. Todavía no sabe cómo es el mundo. ¿No sería bonito que no tuviera que descubrirlo? Bueno, ¿pondrás esto en un sitio seguro y me lo guardarás?

—Sí, por supuesto.

Se tambaleó, dio un paso inseguro, se volvió bruscamente y se sentó en mi cama al lado de la caja, haciéndola rebotar y desparramando la pila de dinero. Sacudió la cabeza.

—Estoy muerta de sueño. Y sucia, Trav. He estado usando la misma ropa demasiado tiempo. Me puedo oler. Habría que enterrar esta ropa. Por los diez mil, querido, ¿podría pedir tres cosas más?

—¿Tales como un baño, un sitio donde dormir y ropa para cambiarte?

—Mi talla es la cuarenta y dos.

Una vez que estuvo inmersa hasta el cuello en la gran bañera, chapoteando y jabonándose, lavándose el corto pelo rubio al igual que todo el resto, busqué una vieja caja de municiones sobrante, de ésas con juntas de goma y palanca lisa de metal que cierran herméticamente. Metí el dinero, todo menos los 10.000, en la caja de municiones y la inserté en la zona inundada entre las dos paredes del casco doble. Agregué los 10.000 a los que tenía en mi escondrijo privado y mentalmente agregué cuatro o cinco meses a mi retiro. Me retiro cada vez que tengo los medios para hacerlo. Cuando se termina el dinero, vuelvo al trabajo. Desguace de barcos. El retiro viene cuando se es demasiado viejo para disfrutarlo completamente, por eso yo lo tomo por partes cuando puedo. ¿De qué sirven las playas sin los vagos que viven en ellas? ¿Cómo conseguirían sus placeres en época de holganza, las pícaras damitas que están de vacaciones, si no estuviéramos allí algunos de nosotros, desgastándonos? Después de que la fuerte suma de dinero estuvo escondida y a salvo, fui a revolver en el inmenso ca-

jón que está debajo de la cama del camarote de huéspedes. Siempre está lleno de ropa femenina. Se quedan a bordo. Las adquiero en los puertos en que me detengo con mi vieja casa flotante, y se quedan a bordo para otra ocasión. No es ningún trabajo llevarlas a limpiar y guardarlas. Y el tener surtido facilita las decisiones imprevistas.

Le encontré unos pantalones azul marino anchos y una blusa rosa, sin mangas y con cuello volcado. Y encontré la clase de albornoz que le está bien a cualquiera. Le estaba bien, pero barría el suelo a su paso. Me ayudó a hacer la cama de huéspedes. Bostezaba sin pausa. Tenía los ojos vidriosos de cansancio. Cuando tres minutos más tarde entré para preguntarle si le gustaría tomar chocolate caliente o un trago, me interrumpió con un ronquido largo, suave y ronroneante.

Me quedé unos minutos apoyado contra el marco de la puerta, mirándola en la semioscuridad, recordándola. Recordé a la Carrie Dee, anterior a Ben, una chica guapa que trabajaba en Peerless Marine y que muy a menudo aparecía en las fiestas que se daban en y alrededor de Bahía Mar. Me parece que nunca somos los mejores para juzgar qué es significativo y qué es trivial en nuestras vidas. Los accidentes de tiempo y lugar cambian el libreto, y luego decimos que pasó a propósito.

Carrie no dio conmigo a propósito. Ni yo con ella. Había un equipo de televisión haciendo una película publicitaria en Bahía Mar. El Tigre de Alabama los tuvo como invitados, todas las noches de la semana que se quedaron allí, en la fiesta que tenía permanentemente en su casa flotante. El mandamás era rechoncho, peludo y muy vulgar. Ropa a la última moda, una peluca brillante y la convicción de que su profesión y su personalidad lo hacían irresistible. A medianoche subí a la cubierta del «Bama Gal» para respirar aire puro y ver si había alguna estrella que mirar. El mandamás tenía a una chica sobre el suelo del puente, al lado del bote de remos dando la vuelta, y la estaba maltratando, subiéndola

dole la ropa más arriba de las caderas mientras ella pataleaba y se quejaba y gritaba; pero sus protestas se perdían en los 200 amperes de los altavoces del Tigre.

Le arranqué de encima de ella y, mientras forcejeaba e insultaba, le llevé hasta un sector de la baranda desde donde le podía dejar caer directamente al agua. Cayó ruidosamente, salpicando por doquier, desde una altura de casi cuatro metros. Cuando me aseguré de que sabía nadar, le dejé que se arreglara como pudiera. Era Carrie, y no estaba en muy buen estado. Tenía la ropa rasgada; se había resistido y estaba al borde de la histeria. Ciertamente su estado no era para volver a la fiesta, así que la llevé andando hasta el «Busted Flush» y busqué alguna ropa que le sirviera. Pasó media hora sola en la proa, tratando de reponerse.

La había trastornado mucho. Él había estado a un paso de forzarla. Se la veía perturbada y pálida. De acuerdo con todas las reglas aceptadas del comportamiento humano, ella debía de haber estado tan asqueada después de la inminente violación como para sentirse neutra durante un buen rato. Y yo no debería de haber estado dispuesto a darle nuevos motivos de alarma. Pero de alguna forma el episodio resultó ser un estimulante. Nos sentamos y hablamos, nos acercamos y hablamos nos acercamos más aún y nos besamos, y la llevé a la cama. Fue muy tierno, muy dulce, de una manera rara. En lenguaje corporal ella estaba diciendo. Así es como debe ser. Y yo decía: Reemplaza ese recuerdo por éste.

Fue un episodio aislado. Salvo quizá por una mirada o una expresión fugaz, no lo volvimos a mencionar. El hecho de que la conociera en el sentido bíblico de la palabra cambió mi posición con respecto a ella a la de tío bondadoso. Me buscaba para pedirme consejo sobre cómo debía vivir su vida. Estaba tan resuelta, unos meses más tarde, a lograr que yo aprobara a Ben Milligan, que creo que se convenció de que yo lo había aprobado. Quería una buena

vida. No es una esperanza poco común, sino un logro muy poco común.

Cerré la puerta. Me serví un trago y me vestí mientras lo bebía. Cuando terminé era hora de beber jugo de naranja y café. Cuando terminé el café fue hora de ir a buscar su bolso. El engañoso amanecer iluminaba el camarote débilmente. Me moví sin hacer ruido, descalzo, y encontré el bolso en la cabecera de la cama, apretujado bajo el colchón. Lo saqué con cautela, lo llevé a la cocina y lo abrí en la mesa del desayuno, bajo la luz.

Y hola, Carolyn Milligan. Recibo del pago del registro de conductores de Florida de un Datsun con dos años de antigüedad, matrícula número 24 D-1313. Encontré las llaves del auto y las puse en el bolsillo de mi camisa. La ocupación, que antes solía darse en el registro de conductores, ya no figura. Asumí que aún era empleada administrativa. Copié el número de la matrícula del auto y la dirección tal como constaba, Avenida Costanera, núm. 1.500, departamento 38-B, Bayside, Florida. Peine, lápiz de labios, hilo mondadientes, fósforos, recibo del sueldo, billete aéreo usado. Objetos íntimos de carácter vario. Así que mistress Milligan trabajaba para la *Casa de Materiales de Construcción Superior* en Junction Park, Bayside, Florida, y ganaba 171,54 dólares netos después de los descuentos. Había estado en Jamaica, en uno de los hoteles de la Bahía Montego, en abril. Tenía 600 dólares y pico en el bolso. Y una tarjeta de crédito Master Charge. Y tres clases de píldoras. Todo el mundo tiene tres clases como mínimo. Es la forma en que la criatura se adapta a un mundo que está cambiando velozmente.

Para entonces ya había amanecido realmente; le eché la llave al «Flush» y por el engañoso fresco y los variados matices de gris me encaminé al estacionamiento en busca de su auto. Lo encontré. Naranja brillante. Imitación cuero. Cuarenta y seis mil kilómetros. Nada de importancia en la guantera. Un cajón con 12 botellas de un abrasivo industrial

en el portaequipajes. Tru-Kut se llamaba. Abrí una, me moqué el dedo, lo froté y olí. Abrasivo industrial. Una lechosa solución blanca que olía a baños de hombres, excesivamente higienizados, y que contenía un agente químico áspero y arenoso. Así que la secretaria hace entregas para el mandamás de la *Casa de Materiales de Construcción Superior*.

Nada más por el momento. Las cubiertas eran nuevas; sin duda habían sido recién cambiadas. El parabrisas resquebrajado por una piedra de la carretera. Medio depósito de gasolina. Volví a cerrar el auto con llave. No parecía que hubiese nadie vigilándome. Más allá, en la sección de barcos fletados, se estaban preparando para salir de la dársena estruendosamente y enfilarse hacia la otra margen del canal con gran estrépito. Empezaban a llegar los madrugadores para acondicionar las tiendas antes de abrirlas. El primer turno de criadas se presentaba ante la encargada del motel. El madrugador a quien Dios ayuda trabaja para alguien que viene tarde y cosecha la ayuda divina.

Me dirigí lentamente hasta el «Flush» por otra carretera. Abrí la puerta, metí las llaves en el bolso, deslicé el bolso debajo del colchón, mientras que Carrie seguía roncando sin interrupción, en el nuevo día. A la luz de la mañana se notaba que realmente no había aguantado bien el pasó de los años. Arrugas profundas y recientes le enmarcaban la boca. Tenía bolsas debajo de los ojos, la papada casi doble, la piel áspera. Fruncía el entrecejo en el sueño. De acuerdo a mis cálculos, debía tener treinta años. El cuerpo era más joven; la cara, mayor de treinta. Una pareja realmente atractiva, esos dos, Ben y Carrie. Gente de un anuncio de viajes. Fotografiados en bicicletas rojas en las Bermudas, hubiesen vendido billetes para aviones. Demasiada petulancia pueril en la cara de Ben. Demasiada cordialidad seudomasculina en su modalidad. Su mamá le había querido demasiado.

Travis McGee 16

DOS

Carrie durmió toda la mañana y parte de la tarde. A las tres entré en su camarote, la cogí de un hombro y la sacudí con delicadeza. Se quejó confusamente, luego pegó un salto y abrió los ojos de golpe. Parecía estar aterrorizada. Luego me reconoció y los párpados se le cerraron pesadamente otra vez y levantó el puño para tapar un sonoro bostezo.

—¿Qué pasa? —dijo confusamente—. ¿Qué hora es?

—Las tres de la tarde del jueves, amor. Sigue durmiendo. Pareces necesitarlo. Voy a encerrarte aquí dentro mientras voy a la playa un rato.

—Mira. Cuando vuelvas. ¿Me despiertas otra vez? ¿De acuerdo?

—Por supuesto que sí.

Me había costado tanto esfuerzo de voluntad y tanto sufrimiento ponerme en forma otra vez, que había jurado que nunca más me abandonaría. Y eso imponía sol, sudor y gimnasia todos los días, dejar el cigarrillo para siempre, moderación en la bebida y considerable consumo de proteínas. Meyer estaba ocupado escribiendo una larga y complicada tesis sobre el efecto perdurable que tendrían sobre el mercado internacional de cambio las contiendas árabes por la producción de petróleo. Hacía un alto a las tres todos los días y se reunía conmigo en la playa para hacer su cuota diaria de gimnasia. Meyer jamás está gordo y jamás de los jamases está delgado. Es simplemente ancho y dura-